

fano encuentra familia, en que son prodigados al desgraciado privado de razon cuidados que no sabe agradecer? Providencia visible de Dios sobre la tierra, la Iglesia católica podía sola mitigar los males de la humanidad que sufre. ¡Esplendor!

Capítulo décimosexto.—Duodécimo esplendor de la fe.—
En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago y mayores que estas hará.— Jesús acaba de celebrar la Pascua legal. Despues de haber amado tiernamente á los suyos, ha querido dejarles una última y excesiva prueba de su amor. Les ha dado su mismo cuerpo para comer, su sangre para beber, con los más sagrados derechos á la inmortalidad, á la resurrección bienaventurada, á la vision intuitiva, á la dicha eterna. Desahoga su corazon en sus corazones: «Yo voy á la casa de mi Padre, y voy á aparejaros lugar. Cuando esté aparejado, vendré otra vez y os tomaré conmigo, á fin de que allí donde yo esté, esteis vosotros... Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí... Quien me vé, vé á mi Padre... Si no creéis en mi palabra, creed al menos en mis obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él hará tambien las obras que yo hago y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre... Todo lo que pedireis á mi Padre en mi nombre os será concedido.» Jesucristo promete, pues, á sus apóstoles un poder igual y aun superior al suyo, y les indica el fin de este todo poder. Consiste en hacer milagros. ¿Qué milagros ha hecho Jesucristo? Los ciegos veían, los cojos andaban, los leprosos eran limpiados, los sordos oían, los muertos resucitaban, los pobres eran evangelizados, los demonios huían, una virtud se escapaba de su cuerpo y curaba todos los males. Será, pues, preciso que los apóstoles y los sucesores de los apóstoles hagan los mismos milagros y mayores todavía. Ved la profecía, ved el oráculo claro, brillante, sobrenatural, divino. ¿Se ha cumplido? Evidentemente, y al

pié de la letra. Los milagros de los apóstoles, mayores que los mismos de Jesucristo, han llenado y llenan el mundo. Estos milagros, además, son propios exclusivamente de la Iglesia católica, romana. Ninguna otra Iglesia trata ni de reclamarlos, ninguna tiene la pretension del milagro. Luego la Iglesia católica es divina y sola divina.

Jesucristo fué más explícito todavía el dia de su gloriosa ascension: «[Id, dice á sus apóstoles, por todo el universo y predicad el Evangelio á toda criatura.] Pues bien, hé aqui los prodigios que acompañaron á los que creyeron: «Arrojarán á los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán impunemente serpientes, beberán mortales venenos sin que les dañen, impondrán sus manos á los enfermos y los enfermos serán curados.» El oráculo fué inmediatamente cumplido, porque san Marcos añade: «Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.» Este oráculo de Jesucristo, que los apóstoles harán los milagros que él ha hecho y mayores todavía, cuando se le añade la afirmacion por la cual san Juan termina su Evangelio, es verdaderamente abrumador. Hé aqui las palabras del apóstol: «Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, el mundo no podría contener los libros que se habrían de escribir.» Podriase ver alguna exageracion en el lenguaje hiperbólico del discípulo amado; pero es rigurosamente verdad que los apóstoles, han hecho los milagros de Jesucristo y mayores todavía.

Ya en el principio de su apostolado, despues del ruido que se oyó en el Cenáculo, la multitud se aglomeró en torno de ellos y permanece confundida, porque cada uno les oía hablar su lengua. «[Todos ellos son galileos, y sin embargo cada uno de ellos habla la lengua en que hemos nacido.] Hablar todas las lenguas juntas, es hacerse entender á la vez de los más diversos pueblos, ¡este es un milagro extraordinario! No leemos que Jesucristo lo haya hecho. ¡Y cuántas veces es renovado este milagro! Pablo

en Éfeso bautiza á doce discípulos del divino Precursor; no sabian aún que hubiese un Espíritu Santo, y les impone las manos. Al instante llenos del Espíritu Santo profetizan y hablan muchas lenguas. Y estos dones, estas gracias, diversas y maravillosas, que san Pablo dice todavía son la obra de Dios: el espíritu de palabra, la sabiduría de la ciencia, el don de curar, la gracia de milagros, el discernimiento de los espíritus, etc., tan comunes en la primitiva Iglesia. Salía de Jesucristo una virtud que curaba todos los males... Pero seguid á san Pedro en su marcha triunfal. Llevábanse los enfermos á las plazas públicas, colocábaseles sobre camillas, y la sombra de Pedro los curaba... Ananías y su mujer han sorprendido la buena fe de Pedro. Han depuesto á sus piés una parte del precio del campo que han vendido... «¿Por qué este mentira y este fraude? dice san Pedro á Ananías. ¡Tú has mentado á Dios y no á los hombres! Al instante Ananías cae y muere. La mujer de Ananías miente á su vez y consume el fraude. «¿Por qué, le dice Pedro, os habeis concertado juntos para tentar al Espíritu Santo? ¡Mira en la puerta los piés de los que han sepultado á tu marido, ellos mismos te llevarán á tí!» Al instante se tambalea y espira. Eran estos pecados á sangre fría. Fueron severamente castigados. ¡Pero qué gran milagro comparado aun á los mismos de Jesucristo! Resucita á Lázaro, pero no hace morir á ningún pecador por la sola cuchilla de su palabra. Sobre todo en la grande obra de la predicacion del Evangelio es cuando los milagros de los apóstoles exceden á los de Jesucristo. Al primer sermón de san Pedro tres mil hombres se convierten. Al segundo, cinco mil. En el momento de la ascension del divino Salvador, el número de discípulos encerrados en el Cenáculo era de ciento veinte. Contábanse, además, aquí y allí algunos discípulos ocultos, pero en pequeño número. Cuando Pablo vuelto á Jerusalem con Santiago, contó á los ancianos reunidos lo que Dios habia hecho por los Gentiles, por medio de su ministerio; aquellos glorificando á Dios, decian: «¿Lo ves, hermano, cuán-

tos millares de judíos han creído! Y sin embargo eran todos muy celosos por la ley.» Millares de judíos celosos por la ley, convertidos, ¡qué milagros!... Y el paganismo de Grecia y de Roma desvanecido. Y el Evangelio recibido en el mundo entero. Los bellos piés de cada uno de estos admirables pescadores de almas, de estos evangelistas de la paz, de estos evangelistas del bien, corriendo siempre, sembraban por doquiera milagros. El mundo entero ha resonado con prodigios semejantes ó mayores que los del divino Salvador. El cumplimiento de la profecía llena, pues, también el mundo. Jamás en la Iglesia de Jesucristo los milagros han faltado al ejercicio del apostolado. Pero hay santos, cuyos numerosísimos milagros les han valido el nombre glorioso de *Taumaturgos*. Son por sí solos los testimonios más solemnes, más brillantes de la verdad de la palabra de Jesucristo y el cumplimiento de la increíble profecía. Nosotros tenemos que hacer pasar ante los ojos del lector algunas de estas grandes é inmortales figuras.

San Martin de Tours.—Nacido en Pannonia de una familia idólatra, por el año 316, vióse forzado por su padre á abrazar la carrera de las armas. Era todavía catecúmeno, cuando Jesucristo se le apareció en vision, y le dió gracias por haber dado la mitad de su capa á un pobre. Abandona el estado militar, hácese bautizar y va á encontrar á Hilario, obispo de Poitiers, que le hace exorcista. Levanta aún, funda el monasterio de Ligugé, y allá fué donde hizo su primer milagro. Un negocio importante habia obligado á Martin á abandonar su celda. Durante su ausencia, un novicio que no estaba todavía bautizado muere súbitamente. Constérnase los monjes. Martin vuelve... se le notifica lo ocurrido. Entra en la celda del muerto, aleja á todos, hace una ferviente oracion, y vuelve á la vida á aquel que no era más que un cadáver. Nombrado obispo de Tours, el santo taumaturgo continúa su vida penitente y mortificada. Predica por todas partes; los milagros acompañan su palabra. En Traves cura á una jóven paráliti-

ca cuya muerte estaba próxima... En París, libra á un leproso del mal que le carcome, abrazándole y dándole su bendición. En un pueblo de la diócesis de Chartres, resuscita á un niño, milagro que verifica al instante la conversión de una multitud de almas... Vuelve la vista á Paulino de Nola, tocando sus ojos atacados de una catarata.... Rogaba un día á los idólatras que derribasen un árbol, objeto de un culto pagano; sus instancias son aceptadas, pero con la condicion de que el obispo se ponga al lado en que debe caer el árbol. El santo acepta. Se le quiere atar con cuerdas... Se deja amarrar, confiando en el poder de Dios... El árbol va á caer... Inclinase hacia Martín.... Oyése un terrible crujido... el santo va á parecer inevitablemente... ¡pero no! Hace la señal de la cruz... ¡el árbol pónese en pié de nuevo y cae con estruendo del lado opuesto! Los paganos maravillados palmeaban con entusiasmo, y piden con instancia que se les bautice. Sulpicio Severo, testigo digno de fe, cuenta además muchos otros prodigios operados por este grande y humilde servidor de Dios. Cargado de años y de trabajos, le advierte Dios su próximo fin. Estremécese de alegría á esta buena noticia, ofreciéndose sin embargo á permanecer todavía sobre la tierra para tabajar por la salud de las almas y de los cuerpos. ¡Pero su corona inmortal está preparada; el cielo le espera! El demonio trata entonces de espantarle. «¿Qué vienes tú á hacer aquí, bestia cruel? le dice el santo. Tú no encontrarás nada en mí que te pertenezca; el seno de Abraham está abierto para recibirme.» Estas fueron sus últimas palabras. Espiró tranquilamente á la edad de noventa años. Ved con toda certeza milagros tan grandes y mayores que los obrados por Jesucristo.

San Gregorio.—Éste tambien nació en la idolatría. Pero su alma era recta, su corazón puro, su inteligencia activa y ardiente. No tarda en concebir dudas sobre las supersticiones del paganismo. El grande Orígenes le inicia en los misterios de la fe, y desde entonces marcha á grandes pasos por el camino de la virtud. Recibe el bautismo; y

poco despues, á pesar de su resistencia, es consagrado obispo de Neocesarea. Convierte á su madre; solo su padre permanece sordo á sus exhortaciones... La fuerza de Dios reside en Gregorio. Los paganos llenan su diócesis; ¡sólo se cuentan en ella diez y siete cristianos! A su muerte no habia en ella más que diez y siete paganos! Brillará sobre todo por su extraordinario poder de operar milagros. Solo tiene que hablar y su deseo es escuchado. Un día entra para ponerse al abrigo en un templo consagrado á los ídolos. Despues de haber hecho muchas veces la señal de la cruz, pasa la noche en oracion... Al día siguiente llega el sacerdote del templo; los demonios le declaran que no pueden residir en un lugar del cual les ha arrojado el hombre que vino la noche última. El sacerdote enfurecese... corre hácia Gregorio... El santo le dice tranquilamente que ha recibido de Dios el poder de arrojar y de llamar á Satanás á su voluntad... Lléname de admiracion el sacerdote. Conjúrale á que llame los demonios. Gregorio acepta y le remite estas palabras: «Gregorio á Satanás ¡entra!» Apenas es colocada la notificacion sobre el altar, cuando los demonios vuelven y hacen funcionar los oráculos. El sacerdote pagano siéntese dispuesto á convertirse. Sin embargo pide otro milagro más brillante todavía... Una grandísima piedra embaraza el camino; expresa el deseo de verla cambiar de lugar... Gregorio lo manda... y la piedra se coloca en el lugar indicado... Esta vez toda duda ha desaparecido del corazón del pagano, que se convierte en fervoroso discípulo de Jesús. Otra vez tiene una vision, su habitacion es inundada de claridad... la Virgen se le aparecia... va acompañada del discípulo amado... Gregorio se prosterna... San Juan le dice se coloque junto á la mesa y escriba lo que le vá á decir... Y Gregorio oye de la misma boca del santo Evangelista la explicacion de las divinas Escrituras... A Neocesarea se le llevan cada día muchos enfermos, á menudo incurables; les dá su bendicion y recobran la salud... Hace edificar una vasta iglesia para contener los fieles cuyo número aumenta cada día...

Un temblor de tierra derriba casi todos los edificios de la ciudad; ni una piedra de la iglesia elevada por órden de Gregorio se ha conmovido... El Lyco, río muy impetuoso, desbordábase frecuentemente y causaba cada vez terribles estragos...; era el terror y la desolacion de los habitantes. Gregorio conmuévase con esta calamidad. Se acerca al río, planta su baston sobre la orilla, y ordena con calma y confianza á las aguas del río que obedezcan la voluntad de Dios, que no pasen más allá de su baston... Las aguas retiranse dóciles, y las inundaciones han cesado para siempre... El baston de Gregorio echa raíces y conviértese en un gran árbol... De Gregorio de Nicea es de quien se cuenta este doble prodigio verdaderamente increíble. Dos hermanos se disputaban á causa de un lago que formaba parte de la herencia paterna... ¿a quién pertenecía el lago? Terrible es la discusion. Los dos hermanos están muy lejos de ponerse de acuerdo... Presentanse á Gregorio, le exponen el estado de la cuestion y esperan su respuesta... El negocio no se arregla... Los dos querellantes están á punto de venir á las manos, esperando cada uno procurarse por medio de las armas la última solucion de su debate... El día de la lucha es fijado... Gregorio es avisado; tiene horror por la sangre vertida inútilmente... Pasa la noche en oracion á las orillas del lago... Al día siguiente éste estaba seco... Otra vez el santo taumaturgo, por ruego de los habitantes, hace retroceder una montaña, tanto como lo exigen los trabajos de construccion de una iglesia. Esto es el *non plus ultra* de la fe, por sentenacia del divino Maestro, y el milagro de los milagros.

San Francisco de Asia.—La vida de este humilde y glorioso servidor de Cristo fué un milagro continuo. Su madre le dió á luz en un establo, sobre la paja, siguiendo el consejo de un misterioso extranjeró. Un desconocido, un ángel tal vez, revestido de forma humana, le sirve de padrino. Otro personaje, de origen no menos celeste, quiere ver á este niño de bendicion; lo coge en sus brazos, lo con-

templa con amor y le marca sobre la espalda la señal de la cruz. Entonces todos los que fueron testigos de estos prodigios exclamaron: «¡Este niño será grande delante de Dios!» Jamás prediccion alguna fué mejor realizada. Francisco, despues de algunos años de ligereza mundana, renuncia á las esperanzas de este suelo y se lanza á pasos de gigante por el camino real de la cruz. Conviértese en el familiar de Dios. Pobre de bienes de este mundo, es rico del poder divino. Manda á los elementos; los animales salvajes se le someten; reina como amo sobre toda la naturaleza. Con un gesto, con un signo, cura los enfermos y los achacosos; vuelve la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos. Hasta la misma muerte depone su terrible tiranía á los piés del fiel discípulo de Jesús; Francisco le arranca sus víctimas. En el valle de Espoleto, vé venir hácia él á un pobre mendigo cuyo semblante está carcomido por un cáncer, y que prosternado besa con fe sus piés. El santo le ordena con bondad que se levante; le aprieta sobre su corazon, le abraza con efusion, y el cáncer desaparece... En Terni es aplastado un niño por los escombros de un muro derrumbado; llévase su cuerpo á Francisco; el servidor de Dios hace una oracion, tiende su mano al niño, y lo vuelve á su familia en perfecta salud. En Narni se ahogó un hombre, y no se le ha podido encontrar... Francisco ora... y al instante indica el lugar preciso en que se ha detenido su cadáver. Llévanselo á su presencia... Lo bendice y le ordena en nombre de Jesucristo que vuelva á la vida, y el muerto resucita... La iglesia de la Porciúncula y el pequeño retiro del monte Alverno fueron los testigos privilegiados de los favores celestes concedidos á Francisco. Los ángeles le rodean; conversaba con la Virgen inmaculada; Jesús se le mostraba bajo una forma visible; la adorable Trinidad se revelaba á su alma dulce y amante con todo el brillo de su majestad. Un ángel lo marcó con las sagradas señales de las llagas de la pasion del Salvador. Y despues de su muerte víéronse perfectamente grabadas sobre su cuerpo estas huellas milagrosas del amor divino.

Dominado por un sentimiento de tierna devoción por mi santo Patron, tengo que recordar aquí uno de sus milagros que la imaginación más viva no hubiera ciertamente inventado. Predicaba un día en una ciudad de Italia sobre la plaza pública, y una inmensa multitud corría para oírle. Dos jóvenes esposos unidos por afecto con el santo, y que habían recibido de éste la promesa que después del sermón dividirían su modesto almuerzo, habían dejado á su hijoito confiado á los cuidados de una sirvienta que sabían era digna de su confianza, recomendándola que no le abandonase un instante. No habían contado ¡ay! con el renombre del santo que lo atraía todo hácia sí. La sirvienta no puede resistir al deseo de oír al seráfico san Francisco; el niño dejado solo cae en una caldera hirviendo y pierde la vida. ¡Cuán grande fué la desesperación de la sirvienta, y más aún la desesperación de los padres, que entraron algunos instantes después de ella! Pero el santo iba á venir y su venida era un favor incomparable. Si se le manifiesta la triste noticia, será imposible retenerle. Para ocultárselo, encierran el cuerpo del niño en un cofre, y cada uno disimula lo mejor que puede el agudo dolor que le oprime. Francisco llega, siéntese á la mesa, como ignorándolo todo y muéstrase lleno de ternura por sus amados huéspedes. Pero á los postres expresa un deseo extraño; quiere que se le sirvan manzanas. No era tiempo propio de esto; los padres se excusan lo mejor que pueden, invocando para ello una imposibilidad absoluta. El santo hace nuevas instancias que turban y entristecen á sus huéspedes ya consternados. De repente dirigiendo al cofre, en que estaba oculto el cuerpo del niño, una mirada inspirada y verdaderamente celeste, el santo exclama: «Abrid este cofre, y encontraréis las manzanas que deseo tan ardentemente.» ¡Qué puñalada para el corazón del padre y de la madre! Pero tenían que obedecer. Abren el cofre fatal y mueren casi de alegría, viendo á su querido hijo vivo, que tiene en sus manecitas las manzanas que espera impacientemente el

incomparable servidor de Dios. Es, pues, verdad que Dios ha hecho la voluntad de los que le temen, y que los discípulos del Salvador han hecho milagros tan grandes ó mayores que los suyos. Que se rian de mi sencillez, de mi locura, si se quiere; pero después de cincuenta años consagrados á profundizar los misterios de la ciencia, yo creo en este milagro, por extraordinario que sea, ó al menos en su posibilidad, tan sincera y vivamente como en los bellos días de mi noviciado religioso, cuando lo lei por vez primera en la *Vida de San Francisco* por el R. P. Chalippe.

San Francisco de Paula.—El piadoso fundador de los Mínimos pertenecía á una buena familia de la Calabria, y desde su infancia aparecía á todos como el elegido del Señor. A los quince años, se retira á una terrible soledad para entregarse á todos los ejercicios de una vida austera y mortificada. El infierno se desencadena contra él, pero el joven y animoso atleta sale vencedor de la lucha. Su fe es inquebrantable, su amor sin límites. Más tarde, honrado con la estima y la afecto de los papas y de los reyes, mirábase como la basura del mundo y la más indigna de todas las criaturas; á su entender no era más que un miserable pecador. Quiso que sus discípulos llevasen el nombre de Mínimos, para indicar que debían considerarse como los últimos en la casa del Señor. En cambio de su humildad, recibe una participación verdaderamente extraordinaria de la omnipotencia divina. Juega con los elementos más terribles. Lee en los corazones, lee en el porvenir. Parece que Dios se ha hecho el ejecutor de todos sus deseos. Siempre afable, siempre amable, su caridad para el prójimo no se entibia jamás. Opera maravillas y se considera como el más pequeño de los servidores de Dios. Recordamos los principales prodigios verificados por este gran taumaturgo. Un pobre hombre estaba atacado de una lepra horrorosa. Los nervios de sus piés y manos estaban rígidos; no tenía ya voz, por decirlo así... Se le lleva á Francisco... «Dadme la mano,» dice al lepro-

so, y al instante el enfermo se levanta lleno de viveza y de fuerza... Vuelve asimismo la vista á una jóven ciega, y la palabra á un mudo de nacimiento. La hermana del santo, desesperada por la muerte de su hijo único, ve á encontrarle: Francisco hace llevar el cuerpo á su celda, se pone en oracion, y algunos minutos despues la madre ve reaparecer á su hijo lleno de vida. Dos obreros que trabajaban en un monasterio que hacia edificar son sepultados en un hundimiento de tierra. Se les cree muertos; Francisco manda desembarazar el terreno; los dos obreros aparecen llenos de vida, sin haber recibido el más mínimo rasguño... En la ciudad de Palermo, unos gentiles-hombres encuentran un cádaver sepultado bajo la nieve; lo llevan al santo varon que esclama: «Levántate, y vete.» A estas palabras, el cádaver se pone en pié, la muerte ha abandonado su presa... En la construccion de una casa de la Orden, un horno de cal, aunque muy ardiente, no funcionaba y hacia temer una explosion. Vase á buscar á Francisco, que entra sin vacilacion en el horno candente, hace las reparaciones necesarias y sale sano y salvo... Un predicador renombrado por su talento y virtudes osó acriminar á Francisco, porque prometia la salud á los enfermos, y vitupera lo que llamaba su presuncion: el santo le escucha con paciencia; despues acercándose á la chimenea, toma los carbonos ardientes y los aprieta en su mano sin quemarse. «Todas las criaturas, dice sencillamente, obedecen de este modo á aquellos que sirven á Dios con corazon perfecto.»

San Francisco Javier.—Tan distinguido por la nobleza de su origen como por la superioridad de su inteligencia, el futuro apóstol de las Indias aspiraba á los honores más elevados, á los empleos más buscados... Ignacio de Loyola hace penetrar la gracia del cielo en esta alma ardiente y generosa... Transforma á Javier... hace de él un apóstol. Con semejante maestro presto alcanza Francisco el más alto grado de la perfeccion evangélica. Arde en el noble deseo de salvar á los hombres, sus hermanos; quiere con-

quistar las almas á Jesucristo... Su deseo es escuchado... Las Indias serán el teatro de su apostolado; allá es donde hará brillar Dios en su ilustre servidor su poder infinito. No es sólo el razonamiento el que puede arrancar al demonio á almas tan esclavas de los poderes de las tinieblas... Son necesarios incesantes milagros para abrir á la luz del Evangelio los ciegos ojos de estos pobres idólatras... Este poder sobrenatural acompañará por doquiera á la predicacion del infatigable apóstol... Centenares de personas le piden poder verle y que les cure á la vez... Imposibilidad de satisfacerles á todos al mismo tiempo... Javier escoge á jovencitos, les da rosarios y medallas... ¡Y ved cómo estos pequeños cristianos arrojan demonios y operan milagrosas curaciones!... Uno de sus catequistas, Antonio Miranda, es mordido por una víbora y muere. Javier lo sabe... Tiene necesidad de un auxilio para la instruccion del pueblo... corre... «¡Antonio, dice una voz fuerte y vibrante, en nombre de Jesucristo levántate!» Y Antonio se levanta lleno de vida. Una jóven es arrebatada á la vida por una fiebre maligna... Javier la resucita. Un niño ha perdido la vida, ahogado en un pozo... Se invoca al apóstol... los paganos están allí... esperan con incredulidad... Javier conocia el fondo de sus corazones... vuelve el niño á la vida... Millares de idólatras se convierten... llaman á Francisco *el grande amo de la naturaleza*... Habla muchas lenguas sin haberlas aprendido... Separa dos ejércitos dispuestos á venir á las manos, mandándoles sencillamente que se separen... Un día anuncia la palabra de Dios á un auditorio mal dispuesto... se le escucha sonriendo... se retira exclamando antes con voz inspirada: «No creis en mi palabra, creed al menos en las obras que ella hace.» Un indio habia muerto hacia muchos dias; el gran taumaturgo hace abrir el sepulcro... el cádaver está exhumado... ¡Siéntese ya hedor!... «Colocadle aquí,» dice el Padre inspirado... Se pone el infecto cuerpo á sus piés... «¡En nombre del Dios vivo, en prueba de las verdades que predico te ordeno que te levantes!» El muer-

to se levanta, dócil á la vez del apóstol. Toda la multitud proclama su creencia en el Dios de Javier.... Llévase á enterrar á un jóven... la familia nada en lágrimas... conmuévase el santo al ver tan gran dolor... y vuelve el muerto á los suyos. El virey de España está á punto de embarcarse; ha dado orden de equipar el navío que debe llevarle... «No subáis á este buque, le dice Javier; percoerá en la travesía...» La prediccion se verificó... Muchas veces se interrumpia en sus ardientes discursos al pueblo para anunciar la muerte de un personaje conocido... «¡Tal acaba de perecer en la mar, rogad por su alma!...» Mandaba á las olas irritadas; se muestra visible en el mismo momento sobre dos navíos separados por una gran distancia. Salva de un naufragio inevitable á un buque colocado entre dos bancos de arena... «¡Gran Dios, exclama, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sálvanos!...» Y el navío emprende su carrera sobre la mar, obediente á la voz del apóstol. Un niño cae en la mar... el padre desespérase... ¡es musulmán!... Javier va á encontrarle, le consuela y le hace prometer que se convertirá, si Dios le vuelve á su hijo... Algunos días despues, el niño reaparece en la orilla, su padre le estrecha entre sus brazos y pide el bautismo... Una sequía desola la tierra que evangeliza... Javier suplica al Señor que tenga piedad de sus pobres neófitos, y la lluvia cae en abundancia... Anuncia á muchas almas su conversion... reprende á otras su ignorada recaída en el mar.

«Aquel que en mi cree, hará las obras que yo hago y mayores que estas hará.» ¡Espíendor!

Capítulo décimoséptimo.—Décimotercero esplendor de la fe.—Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado, y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion de los siglos.—(Mat., XXVIII, 19 y 20).—Estas palabras han sido pronunciadas en la circunstancia más

solemne de la vida de Jesucristo. Los once apóstoles han ido á la Galilea, á la montaña señalada como lugar de reunion. Jesucristo aparece á su vez, y viéndole los apóstoles le adoran. Se acerca á ellos y les dice: «Toda poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; como mi Padre me ha enviado, yo os envío. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado; y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion de los siglos.»

Lo que Jesucristo manda á sus apóstoles: «Id, enseñad, bautizad, enseñad á observar mis mandamientos,» es evidentemente la conversion del mundo entero. Esta conversion la habla predicho ó anunciado en el curso de su vida bajo diversas imágenes. Antes que todo la presenta como una mies. «¡Alzad los ojos y ved los campos cómo se doran ya por la cosecha! La mies es grande, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al amo que envíe obreros á su mies.» Otra vez es el reino de Dios que se acerca; y compara el crecimiento de este reino de Dios... con el de la más pequeña de las semillas presto convertida en un arbusto y aun en un gran árbol, bajo las ramas del cual se abrigarán los pájaros del cielo. En otro lugar, es una pequeña cantidad de levadura, que añadida á una gran masa de pasta la hace fermentar toda entera. ¡Qué grano tan minúsculo, en efecto, qué mínimo fermento el de estos pocos apóstoles, que Jesucristo envía á todas las ciudades y á todas las naciones del mundo! Pero el divino Maestro se explica más claramente todavía. Anuncia que muchos extranjeros vendrán del Oriente y del Occidente á tomar asiento en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob;... que su Evangelio será predicado por doquiera;... que cuando será levantado de la tierra lo atraerá todo, hácia él.

Jesucristo predica además la manera como se cumplirá el gran milagro de la conversion del mundo. No oculta á

sus apóstoles las oposiciones violentas que suscitarán, los odios ardientes de que serán objeto, las sangrientas persecuciones que sufrirán, el martirio y la muerte que les esperan. Los anima, los conforta, declarándoles que ha vencido al mundo del que tanto tendrán que sufrir, y les promete que serán iluminados y fortificados por la virtud del Espíritu de lo alto, etc., etc.

Así pues, la conversión del mundo, las circunstancias de esta conversión, los medios por los cuales debe obrarse, Jesucristo lo ha predicho todo. Su afirmación es todavía más solemne, cuando dice á sus apóstoles, en el momento de abandonarles: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.* (Act. de los Apóst. I, 8). La predicación es extraordinaria, brillante, y se ha maravillosamente cumplido. El Evangelista san Marcos lo prueba en estos términos de una simplicidad grandiosa, ó mejor dicho divina: *Partieron y predicaron por todas partes, el Señor cooperando con ellos, y confirmando su palabra con los milagros que la acompañan.* Este lenguaje nada tiene de humano. Ellos: Pedro su jefe, que estaba tan escandalizado, tan sublevado al solo pensamiento del suplicio de la cruz, y que se había atraído estas duras palabras de Jesús: «Retírate, Satanás; tú me eres un objeto de escándalo; porque no tienes gusto por las cosas de Dios, sino por las de los hombres;» Pedro, que en la noche de la agonía, no pudo ni aun velar y orar una hora con su divino Maestro, que le negó tres veces... pero que, confirmado en el bien, exclamaba con entusiasmo: «¡Señor, tú sabes que yo te amo!» *Ellos los diez!* á los cuales no vacila decir Jesucristo cansado de su incredulidad: «Raza incrédula ¿hasta cuándo permaneceré con vosotros? hasta cuándo os soportaré?» *los diez*, que, en la marcha fúnebre del huerto de los Olivos, se disputaban todavía quién sería el más grande; *los diez*, insensatos y duros de corazón en creer en el cumplimiento de las profecías; *los diez*, que desde

que su Maestro fué preso por los soldados, huyeron todos cobardemente; *los diez* que, aun sobre el Tabor, algunas horas antes de la ascension de su Maestro, dudan todavía de su resurrección, y merecen que se les reprenda severamente su incredulidad y la dureza de su corazón; pero *los diez*, que, llenos del Espíritu Santo, son en fin transformados en *intrépidos pescadores de almas!*

Ellos partieron! El Evangelio no dice: «partirán, parten, sino partieron,» como héroes, como César, y cada uno de ellos ha dicho á su vez como César: «He venido, he visto, he vencido!»

Y predicaron! En todos los idiomas, porque el Espíritu desató su lengua. Han predicado por todas partes: en Judea, en Samaria, en el Asia Menor, en Grecia, en Mesopotamia, en Armenia, en Persia, en las Indias, en China probablemente, en Roma, en Italia, en las Galias, en España, etc., etc. *Por todas partes!*

Con la cooperación del Señor que los ha enviado! Sembraron, plantaron, regaron. Dios ha hecho crecer las plantas y los árboles bendecidos.

El señor confirmando y fecundizando su palabra por los milagros que la acompañan! En efecto, así como se lo había prometido, han hecho los milagros de Cristo y mayores todavía. Fueron, enseñaron, bautizaron, enseñaron á guardar los mandamientos tan bien, que san Pablo, su contemporáneo y coapóstol, decía en su Epístola á los Romanos: *Su voz ha resonado por toda la tierra; dad gracias á Dios de que vuestra fe es anunciada en todo el universo;* en su Epístola á los Colosenses: «El Evangelio que ha llegado hasta vosotros, es también anunciado en el mundo entero, en el cual crece y fructifica tanto como en vosotros.»

Partieron! Como su divino Maestro quería que partiesen: sin bolsa, sin calzado, llevando por doquiera la paz, aceptando la hospitalidad que se les ofrece, comiendo y bebiendo lo que se les sirve, curando los enfermos y repitiendo sin cesar: El reino de Dios está cercano... Corderos en medio de lobos, objetos de un odio universal, predesti-

nados á ser degollados, y todos efectivamente mártires en testimonio de la fe que predicán. Todo esto es admirable, sobrenatural, divino. El mundo convertido es un milagro inmenso por el solo hecho de su predicacion. Pero esta conversion es un ségundo milagro, más inmenso todavía en razon de las circunstancias extraordinarias en las cuales ha sido obrado.

La dificultad de la empresa.—Aquí evidentemente no hay ninguna proporcion entre la causa y el efecto. El efecto es el mundo conquistado, convertido. La causa es la voz, la palabra de los apóstoles, *Fides ex auditu*. Ó esta palabra ha permanecido siendo una palabra humana, la palabra de los humildes y groseros barqueros del lago de Genesareth, y es entonces un poco de vano ruido que se disipa en el aire, una causa nula, absolutamente nula. Ó esta palabra confirmada por el milagro, como lo afirma el santo Evangelio, se ha convertido en la palabra misma de Dios; la causa, entonces, es divina, y el efecto, el mundo convertido, el reino de Dios, la Iglesia católica, apostólica, romana, es divina. ¡Causa nula y efecto infinito! ó causa divina y efecto divino. Forzoso es escoger.

La grandeza de la empresa.—Representándose á los apóstoles saliendo de Jerusalem para esparramarse por el mundo entero, san Juan Crisóstomo les detiene y les dice: «Qué pretendéis hacer? convertir al universo? ¿á quién? ¿á Jesucristo? ¿Qué, vais á convertir al universo sumido en toda clase de excesos, y á convertirle á un hombre que acaba de morir sobre una cruz hace pocos dias! ¿Y no veis la sublevacion general que vais á excitar contra vosotros? La supersticion del pueblo, el encarnizamiento de los antiguos errores, el orgullo de los filósofos, el libertinaje de los impíos, el poder de los Césares, la crueldad de los tiranos, la rabia de los verdugos, todas las fuerzas de la tierra y del infierno conjuradas van á desencadenarse contra vosotros.—Jesús crucificado nos envía. Nosotros sólo sabemos obedecer, y nosotros venceremos.» Balance de la causa, cero; balance del efecto, infinito.

Los héroes de la empresa.—Todavía es san Juan Crisóstomo quien habla: «Pero para alcanzar vuestro objeto ¿tenéis recursos? ¿tenéis tesoros para ganar los pueblos por el incentivo de las riquezas? ¿tenéis ciencia para confundir á los maestros de las naciones? ¿conocéis la política, para hacer jugar sus resortes? ¿tenéis al menos ejércitos y soldados para subyugar el universo por la fuerza de las armas?—Nada de esto tenemos nosotros. Tenemos todo lo contrario. Nuestras tropas somos doce; nuestras riquezas es la renuncia total; nuestra política, la sencillez de la paloma con la prudencia de la serpiente; nuestra sabiduría, la locura de la cruz. Balance de la causa, cero, menos que cero; balance del efecto, infinito.

Éxito de la empresa.—Así de una parte lo infinito: los sabios, los filósofos, los génios, los emperadores, los magistrados, los ejércitos, el universo entero. De la otra parte, cero, menos que cero. Doce judíos, odiados y aborrecidos de todas las naciones; doce pescadores sin letras, sin talento adquirido, hasta groseros, tímidos, cobardes, sin defensa, sin apoyo. ¿Quién triunfará? Los apóstoles aparecen, anuncian el Evangelio. La tierra admirada se calla ante ellos... Hablan..., sus palabras son flechas de fuego. Caminan..., sus pasos son pasos de gigantes. Sus actos son otros tantos prodigios. Esos corderos tímidos que van al matadero sin quejarse, son otros tantos leones ardientes que desafían todos los peligros, otros tantos conquistadores que vencedores recorren el universo. Los milagros les preceden en su marcha, las virtudes les siguen en multitud, los vicios consternados y alarmados huyen de ellos. La idolatría es destruida, y sobre sus ruinas, la Iglesia triunfante de Jesucristo establece su imperio. Balance de la causa, menos que cero; balance del efecto, infinito. Por medio de sus corderos el Leon de la tribu de Judá ha vencido.

Rapidez de la empresa.—Infinita tambien: san Pablo, casi al principio de su apostolado, bendecía á Dios porque el Evangelio iluminaba toda la tierra. Todas las naciones,

decía san Justino, en el segundo siglo, todos los pueblos, Griegos, Romanos, Escitas, Bárbaros..., están sometidos á las leyes del Evangelio. «Imperio romano, decía Tertuliano despues de Justino, cesa de ensalzar tus victorias y tus conquistas. Nuestros apóstoles han ido más lejos que todos tus generales, y jamás Roma en sus más bellos días llevó tan lejos su bandera, como la Iglesia la cruz. ¡Ved nuestra multitud! Nosotros sólo somos de ayer y llenamos vuestras provincias, vuestras ciudades, vuestros campos, vuestras campañas, todo, excepto vuestros templos y teatros. Vosotros nos perseguís, y si quisiéramos vengarnos de vuestra ira, no tendríamos que hacer más que abandonaros. ¡Vuestro imperio estaría desierto!» Balance de la causa, cero; balance del efecto, infinito.

Consecuencias de la empresa.—La transformación del género humano, de los individuos y de los pueblos! transformación de esta multitud innumerable de personas de toda edad, de todo sexo, de toda condicion, que despues de haber gemido por tanto tiempo en la sombra de la muerte, en las infectas tinieblas de la idolatría, han abierto en fin los ojos á la luz! transformación de esta multitud de almas mundanas que, arrancándose á las delicias percederas del siglo, van á sepultarse en los desiertos, en los conventos, en las claustros, para meditar únicamente las verdades eternas! transformación de buenas almas cambiadas en una multitud de almas santas, heroicas, perfectas, como su Padre celestial es perfecto! transformación aún de las almas más perversas y más impias! «Dadme, decía Lactancio, hombres orgullosos, avaros, sensuales; confiadlos á la religion; esta los convertirá en hombres nuevos. ¡El orgulloso humillado bajo la mano de Dios; el avaro derramando sus tesoros en el seno de los pobres; el colérico mostrando la dulzura del cordero; el sensual abrazando la cruz...! ¡Transformacion, en fin, en mártires de una multitud innumerable de paganos! En el siglo cuarto, san Jerónimo contaba ya ¡un millon cien mil! convertidos en otros tantos gloriosos atletas de la fe,

modelos incomparables de una constancia superior á las fuerzas humanas. ¡Constancia heróica! Desafían la muerte, desprecian á los tiranos, suben á los cadalsos como vencedores. ¡Constancia tan universal que parecia innata á los cristianos! ¡Hombres, mujeres, niños, ancianos; todo sexo, toda edad era buena para el martirio! Su vida no era más que un aprendizaje del martirio; su ambicion era morir; parecia que su sangre sólo corria por sus venas para ser vertida sobre el altar de la Religion. Constancia tan extraordinaria, que era la admiracion de los tiranos y obraba algunas veces su conversion. ¡Constancia divinamente contagiosa y fecunda! Cuantos más cristianos se degollaban, tanto más se multiplicaban. La sangre de los mártires era literalmente una semilla de creyentes. De tal suerte que despues de todos los esfuerzos reunidos del infierno, despues de trescientos años de sangrienta persecucion, cansados, embriagados, saciados de sangre los tiranos, desesperando de extinguir el cristianismo, se hacen ellos mismos cristianos. Los lobos convertidos en corderos entran á su vez en el aprisco, coronando así el triunfo de la religion de Jesucristo. Balance de causa, menos que cero; balance de efecto, infinito.

Perpetuidad de la empresa.—Lo que es más extraordinario todavia, es que despues de diez y ocho siglos los sucesores directos de los apóstoles predicán por todas partes, enseñan á todas las naciones, las bautizan, y las enseñan á guardar los mandamientos de Dios. Gran número de sembradores santos, de pescadores de almas, de jóvenes apóstoles, lánzase cada año hácia los cuatro puntos del horizonte, el Japon, la China, la Corea, las Indias, la Cochinchina, el reino de Siam, Madagascar, las islas Sandwich, las islas de la Oceanía, el Senegal, el África meridional y central, Santo Domingo, las Montañas Pedregosas, el Labrador, etc., etc. ¡Y ved cómo parten! *La ceremonia de las despedidas* no es tambien un esplendor de la Fe! Despues de la oracion de la tarde, los viajeros del día siguiente son introducidos en la capilla. Se arrodillan

sobre las gradas del altar al pié del tabernáculo. Detrás de ellos se colocan sus cofrades, sus directores, sus parientes y amigos, que han corrido para verles por última vez. Se hace la oracion de la tarde, léese el objeto de la meditacion que los seminaristas deberán hacer al dia siguiente. Terminada la lectura, los asistentes se sientan, los misioneros que han de partir permanecen levantados al pié del altar. Uno de los directores de la casa, el mismo antiguo misionero, les dirige una piadosa allocucion. Despues los jóvenes apóstoles suben las gradas del santuario, y allí, de espaldas al tabernáculo, se vuelven hácia sus hermanos. Estos y despues de ellos todos los asistentes salen de su sitio y van á besar de rodillas los piés benditos de estos enviados del Señor, mientras que el coro canta la bella antifona: ¡CUÁN BELLOS SON LOS PIÉS DE LOS QUE EVANGELIZAN LA PAZ, DE LOS QUE EVANGELIZAN EL BIEN! Despues que sus hermanos han sellado sus piés con el beso del respeto, los misioneros los levantan y sellan sobre su frente el beso de la paternidad. Y cuando todos los corazones se han fundido de este modo los unos en los otros, admirase el canto de partida, cuya música ha querido componer un gran artista, Gounod. Hé aquí el estribillo: «Partid, amigos; adios por esta vida; llevad á lo lejos el nombre de nuestro Dios. Nosotros os encontraremos un dia en la patria. ¡Adios, hermanos, adios!» «Asistiendo una tarde, dice M. Luis Veuillot, á semejante ceremonia en la capilla del seminario de las Misiones Extranjeras, fui testigo del hecho siguiente: Un anciano avanza, caminando con pena y sosteniéndole uno de los directores. Al llegar al altar besa sucesivamente los piés de los cuatro primeros misioneros. Cuando estuvo á los piés del quinto, se prosternó, imprimió sus labios sobre los piés del joven, que, palideciendo, estrechó su frente y sus cabellos blancos, y dejó en fin escapar un suspiro que resonó en todos los corazones, que no recuerdo sin palidecer, como vi en aquel momento palidecer á su hijo. ¡Este es el segundo hijo que este Abraham santificado daba de este modo á

Dios ¡Y no le quedaba otro! ¡Esplendor! Jesucristo dijo á sus apóstoles: «Id y enseñad á todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadlas á guardar mis mandamientos. Y mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Tal es la profecía. Jesucristo quiso que esta fuese más explícita todavía: «Recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y *me seréis testigos* en Jerusalem, en toda la Judea y Samaria, hasta las extremidades de la tierra.» Este era el ORÁCULO. Era tambien IMPOSIBLE HUMANAMENTE. Este debía ser y fué el MILAGRO: «Recibireis la virtud del Espíritu de lo alto.» Pues bien, el oráculo y el milagro han llegado á ser un hecho inmenso. El mundo está convertido y es cristiano. Los apóstoles fueron, enseñaron, bautizaron, enseñaron á guardar los mandamientos, y han sido testigos hasta las extremidades de la tierra. Luego Jesucristo es Dios; luego la Religion católica, apostólica y romana es divina. ¡Esplendor! esplendor!

Capítulo décimo octavo.—Décimo cuarto esplendor de la fe.—Jerusalén, días vendrán en que tus hijos caerán al filo de la espada, y serán llevados en cautiverio á todas las naciones... Y Jerusalén será hollada de los gentiles, hasta que sean cumplidos los tiempos de los gentiles.—Luc. XXI, 24.—Jesucristo se acercaba á Jerusalem en que quería hacer su entrada triunfal. Viendo á la ciudad desde la cumbre de las colinas que la rodeaban, lloró sobre ella y dijo: «Ah! si tu reconocieses al menos en este dia lo que puede atraerte la paz. Mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán dias en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco y te estrecharán por todas partes. Y te derribarán por tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán de tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitacion.» Otra vez Jesucristo decía á los judíos: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y vosotros no me habeis recibido. Otro vendrá en su pro-

pio nombre (Tiberio ó Tito), y os vereis obligados á sufrirlo.» En fin, en una prediccion de las circunstancias de la ruina de Jerusalem, no menos clara, no menos explicita, Jesucristo dice: «Cuando viereis á Jerusalem cercada de un ejército, entonces sabed que su desolacion está cerca. ¡Ay de las parturientas y de las que dén de mamar en aquellos dias! Porque habrá gran apretura sobre la tierra é indignacion para este pueblo... Caerán á filo de espada y serán llevados en cautiverio á todas las naciones... Jerusalem será hollada de los gentiles hasta que se cumplan los dias de los gentiles.» Jesucristo predijo, pues, claramente la destruccion de la ciudad de Jerusalem y del templo, la matanza de los judíos, su dispersion, la maldicion que no cesará de pesar sobre ellos, y que ellos mismos llamaron sobre sí, cuando, en un exceso de furor satánico, á esta declaracion de Pilatos: «Inocente soy yo de la sangre de este justo, allá os lo veais vosotros,» respondieron: «Que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» ¡Escena espantable! Todo el pueblo entero profetizaba como lo habia hecho Caifás. La luz de todas las profecias iluminaba un dia fúnebre... ¿Se han cumplido estos oráculos? Sí, de una manera verdaderamente espantosa. Jerusalem fué sitiada, cercada, tomada por asalto, saqueada, destruída. No ha quedado piedra sobre piedra del templo, cuyos mismos fundamentos han sido arrancados... El pueblo judío, dispersado por toda la tierra, es por doquiera detestado, maldecido, mirado con desconfianza. ¿Vióse jamás cuadro más lamentable que el trazado por Josefo de las desgracias que asaltaron á los judíos decididos en su patria, en todo el Oriente y hasta en el Occidente? Tiberio y Claudio los arrojan de Roma; en Cosares se les degüella á millares. Neron les quita el derecho de ciudad en la capital de la Siria. En Alejandria, á los más crueles tratamientos se añade el ultraje; son arrojados de sus casas; sus mujeres son públicamente insultadas; les matan á pedradas y bastonazos; se complacen en verlos consumidos lentamente por las llamas de

las hogueras. Después de un levantamiento provocado por nuevas vejaciones, Alejandro, judío de nacion, abandona á sus compatriotas al furor de los soldados y del pueblo. Hubo una horrible carnicería... Encontráronse más de cincuenta mil cadáveres amontonados en el delta del Nilo, en el que estos desgraciados habian tratado de atrincherarse. Todas las ciudades de Siria vieron renovarse estos mismos horrores, que se repetian hasta en la Mesopotamia. La Palestina á su vez es asolada por los romanos y por bandas sublevadas que, bajo el nombre convicto de asesinos, siembran por doquiera el pillaje, el incendio y la muerte. En Jerusalem, Floro escita á los habitantes con la tiranía de sus caprichos, y cuando van á quejarse al pretor, lanza sus satélites sobre estos infortunados como sobre venados. Mas bárbaro todavía Juan de Giscala, llama en socorro de sus secuaces á veinte mil Iudmeos que por sus ferocidades ponen el colmo á la desolacion. Ni hay tregua, ni cuartel, es la más terrible anarquía que jamás se ha visto. Todo rebosa sangre, hasta las gradas del santuario.

No es solamente el acontecimiento principal del castigo terrible de los judíos lo que fué predicho por Jesucristo. Las circunstancias que debian acompañarle ó precederle son tambien anunciadas con anticipacion.

1.º Jesucristo dijo á sus Apóstoles: «Antes de todos estos males, pondrán la mano sobre vosotros; os llevarán ante las sinagogas, los reyes y los gobernadores; os apriionarán y os matarán.» ¿Quién hizo el primer mártir del Evangelio? ¿Quién inmólo al primer obispo de Jerusalem? ¿Quién puso á Pedro preso, y entregó á Pablo al procónsul romano? Estos son los judíos que los persiguieron con todo su furor, en Jerusalem, Roma, Damasco, Cesarea, y que fueron los instrumentos, en último lugar, de la persecucion de Neron.

2.º Jesucristo dijo en segundo lugar que el Evangelio de su reino seria predicado en el universo entero antes de la caída de Jerusalem. En efecto, la voz de los apóstoles

había resonado hasta las extremidades de la tierra, su fecunda sangre había corrido sobre las márgenes de todos los ríos mezclada con la sangre de innumerables fieles. La Iglesia estaba fundada y reinaba por la cruz. Era la nueva Jerusalén cantada por Isaías. La antigua podía ya desaparecer.

3.º Jesucristo dijo: «En verdad, en verdad os digo, que no pasará la generación presente sin que todas estas desgracias ocurran.» Invitó á las hijas de Jerusalén á que llorasen sobre ellas y sobre sus hijos. Estas palabras, oídas sin duda por muchos de aquellos que debían ser los testigos ó las víctimas de este supremo desastre, han sido plenamente cumplidas por el acontecimiento. El pagano Phlegon y toda la tradición eclesiástica cuentan que cuando llevaban al suplicio á los dos apóstoles san Pedro y san Pablo, estos dos fieles testimonios de Jesucristo denunciaron á los judíos que les rodeaban la ruina eminente de su patria. Lactancio nos ha conservado estas revelaciones: «Jerusalén va á ser destruida hasta los cimientos; sus habitantes, reducidos á comerse los unos á los otros, perecerán de hambre y desesperación. Los que escaparán de la muerte caerán en las manos de sus enemigos; verán estrellar á sus hijos, asolarlo todo por el hierro y el fuego; serán para siempre desterrados de la tierra dada á sus padres. Y todos estos males caerán sobre ellos por haber insultado con tan crueles burlas al amado Hijo de Dios.» Los dos apóstoles eran martirizados el 29 de junio en el año 66, y al principio de abril del año 67, Tito, á la cabeza de cerca setenta mil hombres, iba á acampar casi á la vista de Jerusalén. Presto, para acabar de apretar por hambre á la ciudad, la rodeó de la vasta muralla anunciada por Jesucristo. El 8 de setiembre mandó atacar la alta ciudad; al primer asalto derribada la muralla; los romanos se precipitan dentro; todo fué muerto: el suelo no se veía, de tal modo estaba cubierto de sangre; la ciudad entera fué demolida. ¡Hubo noventa y siete mil prisioneros! ¡Un millon cien mil hombres habían perecido!

Desastre inaudito y tal como no se ha visto jamás en la tierra, ceguedad insensata, castigo de un crimen terrible; matanza, hambre, abominación de la desolación en el templo, sacrificio ofrecido á Júpiter por los soldados ante la puerta Oriental, circunvalación inmensa, ciudad tomada al asalto y pasada á fuego y sangre, ruina completa por los gentiles, etc., etc. Ved el cumplimiento entero del oráculo, coronado por la ceremonia del triunfo de Tito, que Josefo ha descrito con un acento de indecible dolor. Entre los despojos sobre todo nótese el libro de la ley mosaica, y setecientos prisioneros que caminan cargados de cadenas, con los ojos bajos y llenos de lágrimas, ante el carro del vencedor! Ya el arado, según el uso romano, había pasado sobre los restos todavía humeantes del templo. No era esto bastante; la loca pretension de Juliano el Apóstata de hacer mentir al Nazareno reedificando el templo, hará cavar los fundamentos de tal manera, que no queda ya piedra sobre piedra de estos soberbios cimientos condenados por Jesucristo.

El profeta Oseas dijo: «Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin ephod y sin theraphim.» Parece imposible precisar mejor y en menos palabras la condicion real de los judíos dispersos y hollados por las naciones: 1.º Sin rey y sin príncipe. Mil veces han tratado los judíos de constituirse en república independiente y de darse un jefe, mil veces se han reunido al primer aventurero que halagaba su ambición patriótica. Todos sus esfuerzos se han estrellado y su suerte no ha cambiado. Es siempre y por doquiera la raza proscrita, errante, reprobada, llevando en la frente el sello de la maldición divina y de su decida grandeza, misteriosa marca que la opulencia jamás borrará. Ellos dijeron: «¡No tenemos otro rey que el César!» Es César, en efecto, es César siempre, en los tiempos de Roma, como en toda la serie de los siglos, es decir, el poder público el que los abandona á los furros populares, provocados por la preocupacion, ó excitados por los crímenes.

2.º Estarán sin culto y sin sacrificio. Sólo había un lugar en el universo en que se pudiese ofrecer á Dios el sacrificio de agradable olor, y este lugar no existe ya. Es, pues, muy natural que los regocijos de la fiesta de los Tabernáculos, los ritos misteriosos de la Pascua, las pompas angustias de Pentecostés hoyan cesado. ¿Quién, además, innovaria ahora las víctimas de Israel y las ofreceria al Señor? Este ministerio era reservado á los sacerdotes; é Israel no tiene sacerdotes. El sacerdote debía ser tomado de la tribu de Levi, y la tribu de Levi está confundida con las otras. El rabino que ha sucedido al Pontífice es un simple doctor, sin unción santa, sin carácter, sin misión. 3.º Estarán sin ephod; el ephod es la insignia sacerdotal. Hasta el tiempo de Teodosio el Joven, los judíos, aunque dispersos, tenían todavía un pontífice llamado patriarca; este emperador suprimió la dignidad de patriarca, y desde esta época no han tenido ni la sombra de jerarquía. 4.º Sin theraphim, sin pontífice y sin profeta que trasmitiese los oráculos divinos en el Arca santa. El Arca santa, en efecto, desapareció en el incendio del templo, y ya no hubo ni Santo de los santos ni oráculos; Dios está mudo para ellos. Ningun pastor para conducirles, ningun verdadero maestro para iluminarles, ninguna mano para rasgar el velo de los divinos misterios; la dispersion con los caracteres más marcados de una reprobacion definitiva y sin apelacion, su obstinacion en rehusar el perdón, el conjunto de crímenes acumulados sobre su cabeza y su trabajo diario en colmar la medida, la ausencia absoluta de sacerdocio y de nacionalidad, el odio invencible de que son objeto, etc., todo dice bien alto que no hay ya gracia para ellos.

¡Contraste extraño! son los reyes de la tierra por las enormes riquezas que poseen, por la influencia incalculable que ejerce en las grandes naciones la prensa cotidiana, puesta en sus manos, y sin embargo son el objeto de un desprecio universal. El mismo M. Renan, el enemigo personal de Jesucristo, ha dicho: «Insocial, estran-

jero por todas partes, sin patria, sin otro interés que los de su secta, el judío talmudista ha sido á menudo el azote del país á que la suerte le ha llevado.» Michelet el clerófobo ha dicho más duramente todavía: «El judío es este hombre inmundo que no puede tocar á una droga ó á una mujer, sin que se la queme; este es el hombre de ultrage sobre el cual todo el mundo escupe.» (*Historia de Francia, tomo III.*) M. Desmonsseau termina su libro *el Judío, el Judaismo y la Judaizacion de los pueblos cristianos*, tan instructivo y tan terrible por la revelacion del complot satánico urdido por los judíos contra las sociedades cristianas, por esta sangrienta apóstrofe, expresion formidable de la verdad: «Marcha, marcha, alma errante, judío errante, siempre inquieto, siempre agitado, siempre abofeteado, siempre implacable, siempre inmutable en medio de tus cambios... Toda nacion te permanece siendo extranjera; toda nacion, no obstante, te conocia, y tú las conocias á todas. Pero tu corazon de piedra no se adhiere á ningun hombre y ninguno se adhiere á tí... Te reconocian por doquiera, y por todas partes hombres, climas y plagas, si no te dispensan el insulto, al menos te perdonan la vida. ¿Un signo semejante al que marca á Caín te marcará? Tú estás maldito... sí, maldito... Y los profetas de tu antigua ley te gritan que ninguna bendicion igualará á la tuya el dia en que regenerado por la sangre del Hijo de David, quisieres hacer de tu persona el verdadero hijo de Abraham.» La conversion de los judíos es en efecto una opinion bastante comun fundada principalmente en las profecias de Isaias y de San Pablo. «Vendrá de Sion aquel que debe librarla y que debe desterrar la impiedad de Jacob.» (*Isaias, LIX, 20.*) san Pablo (*Epist. á los Roman XI, v. 25 y sig.*), parece decir que el pueblo judío, convirtiéndose al fin de los tiempos hácia su Mesias, demasiado tiempo desconocido, y que los gentiles habrán olvidado tambien, inclinará la rodilla ante Él é implorará su perdón. Entonces la antigua y la nueva alianza, reconciliadas en una sola, se abrazarán como dos hermanas reunidas en

el mismo amor, sobre el pecho adorable de este único, y verdadero Salvador, cuya muerte rescató sin distinción á todos los pueblos, á todos los países, á todas las edades. Muchos intérpretes aplican á los judíos este oráculo de Ezequiel: «Os retiraré de todos los pueblos... Os llevaré de nuevo á vuestra tierra que dí á vuestros padres... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. Cuando os haya purificado de todas vuestras iniquidades, cuando haya poblado de nuevo vuestras ciudades y restablecido los lugares arruinados... todo lo que quedará de los pueblos que os rodean, reconocerá que yo soy el Señor.» ¿No podía explicarse de este modo la tendencia extraordinaria de un gran número de judíos de todas las partes del mundo á ir á vivir y á morir en Jerusalem? Cada viernes, salvo aquel que forma parte de la fiesta de los Tabernáculos, los más devotos se reúnen despues de medio día, á las cuatro en verano y á las tres y media en invierno, en el muro oeste del recinto de la mezquita de Omar, para orar y llorar sus pecados, para pedir el fin de los males que los abruman desde hace diez y nueve siglos. Nada más triste que su canto dialogado: «EL RABINO: A causa del templo que ha sido destruido, á causa de los muros que están derribados, á causa de nuestros grandes hombres que han perecido.—EL PUEBLO: Estamos sentados en la soledad y lloramos.—EL RABINO: ¡Os suplicamos tengáis piedad de Sion!»

¿Qué patente cumplimiento de la profecía de Jeremías (XXX, 15): «¿Por qué lloras sobre tu quebranto? Incurable es tu dolor; por la muchedumbre de tus pecados te he tratado así.» ¡Esplendor!

Capítulo décimo nono.—Décimo quinto esplendor de la fe.—Y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.—(Luc. XXII, 32). Bra despues de la Cena; Judas ha salido; el alma del divino Salvador está triste hasta la muerte, pero ella es infinitamente amante, dulce y resignada. «Hijos, dice, yo os doy un mandamiento nuevo, es que os améis como yo os he amado.—Despues volviéndose á

Pedro le dice: «Simon, Simon, mira que Satanás ha tratado de zaramentarte como trigo; mas yo he rogado por tí, á fin de que tu fe no desfallezca, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.» Confirma á tus hermanos. Jesucristo habla así al jefe de su Iglesia; la oracion que acaba de hacer le ha hecho invencible, las potestades del infierno no prevalecerán contra él. Cederá un instante, pero se levantará de nuevo, confirmado en el bien; y una vez convertido, deberá afirmar á sus hermanos en la fe. Esta es una orden, pero es al mismo tiempo un oráculo, una profecía. Tú serás el juguete de Satanás, pero tú te convertirás, y una vez convertido, convertirás á tus hermanos.

El oráculo se ha cumplido. Pedro cayó. Desconoció y renegó á su divino Maestro, al hombre, al Galileo, al Nazareno... pero no renegó al Dios. Jesucristo dejó caer sobre él una mirada de misericordia y amor. Está convertido. Fué á ocultarse en las tinieblas, lloró amargamente; y cada día, hasta el fin de su vida, el canto del gallo hará correr sobre sus mejillas un mar de lágrimas. Y una vez convertido, Pedro ha confirmado á sus hermanos en la fe de la manera más divina.

De todos los esplendores el más brillante tal vez es la historia de san Pedro, resumida en estas dos palabras de una grandeza y simplicidad maravillosas: «Pedro, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» Pedro, antes de su conversion, es el hombre con todas las debilidades de la humanidad; es la caña agitada por el viento. Pedro convertido es el roble que desafia la tempestad. Escuchemos su historia trazada por los santos evangelistas.

Andrés llevó á su hermano Pedro á Jesús, diciéndole: ¡Hemos encontrado al Mesías! Jesús mira á Pedro y le dice: «Simon, hijo de Jonás (hijo de la paloma y paloma), tú serás llamado Cephas, esto es la Piedra, la roca inmutable, sobre la cual edificaré mi Iglesia.» ¡Qué admirable principio!

Jesús pasando á lo largo de las orillas del mar de Gali-